

EL CÁUCASO Y PERSIA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, 1914-1918



RUBÉN VILLAMOR

www.hrmediciones.es

AGRADECIMIENTOS

A Carlos Caballero Jurado, amigo y maestro de maestros, por ser quién despertó mi pasión por la Cordillera Caucásica a través de su ya mítico libro *Comandos en el Cáucaso*, y también por haberme recomendado la obra de Peter Hopkirk, cuyo trabajo ha sido muy importante para la elaboración del apartado dedicado al Frente Persa y a la Expedición de Hentig-Niedermayer, un tema que ya él mismo abordó en *Von Niedermayer y las Legiones Orientales de la Wehrmacht*.

A Néstor Fernández Pérez, propietario del canal “Hijo de Cronos” de Youtube, por prestarme un buen puñado de libros de su biblioteca que tan bien me han venido.

A Rodrigo García-Muñoz Vaquero, por tener la amabilidad de mandarme documentos únicos y muy detallados acerca de la guerrilla armenia contra el Imperio Otomano.

A la embajada de Azerbayán en Madrid y a su equipo de 2017 encabezado por el ex-embajador Anar Maharramov, ya que sin la extensa documentación que me proporcionaron acerca de su país, así como por su gentileza a la hora de regalarme trabajos físicos de muy difícil acceso para el resto de los mortales, los capítulos dedicados al papel azerí durante la Primera Guerra Mundial no habrían tenido la gran calidad de la que gozan.

ÍNDICE

Introducción.	7
Preludio	13
Guerras Ruso-Turcas y Ruso-Persas	13
El «Enfermo de Europa»	29
Crisis del Imperio Zarista	36
El «Gran Juego»	43
Ejército Turco	49
Ejército Ruso.	59
Ejército Persa.	66
Ejército de la India	69
Estallido de la Gran Guerra	71
Frente del Cáucaso 1914-1917	79
Cañoneo de Sevastopol, Yalta, Feodosia, Odessa y Novorossisyk.	79
Ofensiva «Bergmann» y Batalla de KöprükÖy.	85
Batalla de Sarikamis.	94
Epidemia de Anatolia Oriental	115
Acciones en Lazistán	117
Genocidio Armenio.	121
Revolta de Van	143
Guerrilla Armenia y «Fedayines»	156
El «Seyfo» Asirio, el Genocidio Griego y Revueltas del Kurdistán	167
Batalla de Manzikert	173
Batalla de Kara Killise.	180
Segunda Batalla de KöprükÖy	185
Ofensiva de Erzurum	197
Caída de Trebizonda	211
Ofensiva de Bayburt-Erzincan.	219
Batalla de Bitlis	231
Estancamiento del Frente del Cáucaso, la «guerra de posiciones» de 1917 .	243
Campaña Naval del Mar Negro	249
Frente de Persia 1914-1917.	263
Carrera hacia Tabriz	263
Batalla de Dilman	270
Acciones del Golfo Pérsico: Bushire y Dilbar	273

La Expedición Hentig-Niedermayer a Afganistán	277
Golpe de Estado en Teherán	286
Ofensiva hacia Kermanshah	291
Contraofensiva hacia Hamadán	295
Operaciones en Persia Central y Oriental 1915-1916.	302
Insurrección de Sarhad y defensa de Isfahan	314
Traición de la Brigada de Fusileros Persa del Sur	323
Reconquista de Hamadán y avance a Mesopotamia	327
Crisis de 1917 y Revuelta Lashani.	332
La Hambruna Persa.	339
Frente Caucásico-Persa, 1918.	349
Invasión de Armenia	349
Expedición alemana a Georgia	366
Azerbaiyán y los «Días de marzo»	376
Campañas de Dasht-i Arjan y Khan-i Zinian	385
Asedios de Shiraz y Abadeh	391
Expedición británica de la «Dunsterforce».	397
El Ejército del islam	409
Insurrección en Ciscaucasia y la República Montañesa del Cáucaso Norte .	415
«Marcha del Hielo» y la República Popular del Kubán	423
Defensa del Lago Urmia y el «Corredor Persa»	430
Dictadura Central del Caspio	435
Batalla de Bakú	439
Colapso de la Entente en el Frente Persa	458
Armisticio de Mudros	464
Posguerra 1919-1923.	473
Del Califato a la República Turca	473
La Rusia Soviética salta al Cáucaso	481
Surgimiento de Irán.	488
Conclusión.	493
Balance y epílogo	493
Notas	499
Bibliografía:	567
Libros:	567
Revistas:	574

INTRODUCCIÓN



La Primera Guerra Mundial fue el primer conflicto a escala global e industrial durante el que se combatió sobre los cinco continentes desde 1914 hasta 1918. El resultado de aquel choque de titanes produjo veinte millones de muertos, la devastación de países enteros y la caída de varios imperios, con la proliferación de diferentes revoluciones que cuestionaron los cimientos políticos y morales de la sociedad hasta ese momento, como fue el caso del movimiento bolchevique o del fascista que serían el germen de la Segunda Guerra Mundial.

Curiosamente, muchos de los teatros en los que peleó durante la Gran Guerra tuvieron, en realidad, una reactivación de conflagraciones anteriores del pasado, como pueda ser el Frente Occidental, considerado como una prolongación de la Guerra Franco-Prusiana de 1870 a 1871; o el Frente Italiano de los Alpes, al que muchos ven como la última fase de la unificación italiana con la que se terminó completando el «Risorgimento» iniciado en el siglo XIX. Algo parecido sucedió con el Imperio Otomano, Rusia y Persia, pues estas tres naciones habían mantenido choques constantes en los últimos trescientos años cuando de repente se vieron inmersas en la Primera Guerra Mundial y arrastradas a desangrarse tanto en el Frente del Cáucaso como en el Frente Persa, los cuales serán objeto de estudio en este libro.

La elección de dos bloques como son el Cáucaso y Persia quizá pueda generar cierta confusión en el lector, pues muchos los verán como dos teatros independientes el uno y del otro, sin obviar las marcadas diferencias

entre ambos. No obstante, hay que tener en cuenta que esto solo fue así durante tres de los cuatro años que duró la Gran Guerra, ya que desde finales de 1917 hasta la finalización del conflicto en el otoño de 1918, los dos escenarios bélicos se agruparon en uno solo, conformando una especie de gigantesco «Frente Caucásico-Persa» que se extendió de norte a sur desde el Kubán en el Mar de Azov hasta Bushire en el Golfo Pérsico, y de oeste a este desde los límites de la frontera armenio-georgiana hasta las fronteras con Afganistán.

Aclarado este punto y a modo de ejemplo, no es difícil imaginar que en caso de que un investigador pretenda analizar el teatro del Cáucaso por separado, en cuanto llegue a la fecha cronológica del año 1918, de repente se encuentre con que sus protagonistas también operan en el persa. Y exactamente igual ocurre al revés. Esto complica bastante el estudio, pues a la hora de abordar un espacio u otro de forma independiente, el autor se ve obligado a hacer una recapitulación del teatro ignorado nada más alcanzar el último año del conflicto para que el lector no se pierda. Obviamente tal cosa dificulta la comprensión del contexto en su conjunto, por lo cual en el presente trabajo se ha optado por abordar al mismo nivel los dos frentes bélicos.

Bien hablemos del Cáucaso o bien de Persia, los dos bloques son muy diferentes a nivel físico y etnográfico, pero debido a su proximidad ambos comparten el hecho de estar situados justo en la llave de paso de la denominada placa euroasiática o placa de la Eurasia, donde confluyen las rutas que conectan Europa, Asia y el Oriente Medio con África, incluyendo la famosa Ruta de Seda. Como el potencial estratégico de la región es más que evidente, la zona ha estado en disputa desde la más tardía Antigüedad, pasando por allí pueblos como los escitas, el Imperio Aqueménida, la Macedonia de Alejandro Magno, el Imperio Romano o las hordas del Imperio Mongol y Tamerlán, sin obviar con que a nivel local se desarrollaron importantes civilizaciones como por ejemplo el milenario Reino de Armenia o posteriormente el Reino de Georgia en la Edad Media, así como una serie de kanatos musulmanes más recientes tras la llegada del islam o microestados tribales como el Principado de Circasia. Hecho este breve resumen histórico, comentemos un poco más acerca de estos espacios en sus aspectos geográficos, empezando por el Cáucaso y siguiendo por Persia.

La Cordillera del Cáucaso hace de frontera natural entre Asia y Europa como una especie de nexo de unión entre las diferentes civilizaciones a

Oriente y Occidente. Situada sobre parte de la placa tectónica euroasiática, se trata de una masa continental de 500.000 kilómetros cuadrados con una longitud de 1.100 kilómetros de largo desde el Mar Caspio, al este, hasta el Mar Negro, al oeste, más una anchura de 200 kilómetros entre las verdes colinas de Najicheván al sur y los calurosos desiertos de la Estepa de los Calmucos al norte. La orografía de este vasto enclave se caracteriza por la presencia de profundas gargantas, frondosos bosques e infinidad de valles, pero sobre todo por interminables montañas nevadas con una media de entre 1.000 y 5.000 metros de altitud, siendo el pico más elevado el Monte Elbrus de 5.640 metros.

En el ámbito político la división del Cáucaso engloba en su vertiente norte a la Ciscaucasia, un espacio ubicado entre la desembocadura del río Don en Rostov y el río Volga en Astracán, que abarca Chechenia, Ingusetia, Karachai, Kabardia, Balkaria, Daguestán, Calmucia, Nogai, Osetia del Norte, Chekesia, Circasia, Adigheya y Kubán; y en su vertiente sur a la Transcaucasia, un segundo bloque situado entre el este de Anatolia y las puertas de Oriente Medio, que se extiende sobre Georgia, Armenia, Azerbayán, Abjasia, Adjaria y Osetia del Sur. La región antes de la Gran Guerra estaba habitada por nada menos que 20 nacionalidades distintas que hablaban más de 70 lenguas diferentes, sin olvidar a las diversas confesiones religiosas presentes, como los musulmanes sunís y chiís, los cristianos ortodoxos y armenios, o los budistas de la rama tibetana. Básicamente, los principales pueblos autóctonos de la zona eran los georgianos, adygués, abjasios, chechenos, ingusetios, circasianos, ubyjs, bats, lezguis, ávaros, andilaks, darwas, archis, aghuls, tsahurs, lazes, megrelis, svans, ghodoberis, abazos, meljesitios y tats; seguidos por los habitantes de origen turcoasiático o altaico como los calmucos, azerís, daguestanos, kumykos, karachis, kabardos, cherkeses, balkares, nogais y turcos; así como los de procedencia irania contando a los armenios, osetios, kurdos, kurmandys, domaris, talysh y persas; los colonizadores eslavos de nacionalidad rusa, ucraniana, bielorrusa y siberiana; e incluso inmigrantes alemanes, griegos, búlgaros y judíos.

En el caso de Persia, su geografía tiene una composición muy heterogénea debido a la vasta amplitud de sus espacios en latitudes tan diferentes que abarcaban los límites de Asia Central y el Mar Caspio al norte, los de India y Afganistán al este, los de Mesopotamia y la Transcaucasia al oeste y las aguas del Mar Árabe al sur. La característica más reseñable son los

monumentales sistemas montañosos que rodean los bordes de la nación en todas sus vertientes, siendo los más importantes los Montes Zagros que dominan la cara meridional, desde Luristán hasta Baluchistán; más los Montes Elburz en la cara septentrional, que se extienden desde el Azerbayán Iraní hasta Mazanderán, los cuales incluyen al pico de mayor altitud, el Monte Damavand de 5.610 metros, además de una orografía compuesta por parajes nevados, hielos en las cimas, valles húmedos y bosques cargados de árboles y tupida vegetación. Contrariamente, el interior del territorio persa es más cálido, con llanuras en forma de secarrales, entornos lacustres y algunos pantanos, incluyendo conjuntos de palmerales en las costas del Golfo Pérsico, sin obviar que en el centro se extienden las tórridas arenas del Gran Desierto Salado «Dasti-Kavir» y algo más al noreste las dunas del Desierto de Lut.

El Imperio Persa tiene la particularidad de ser la potencia con más antigüedad en la región que es objeto de estudio en el presente trabajo, prácticamente desde el siglo V a. C. y casi dos milenios y medio antes del estallido de la Gran Guerra. A pesar de que a lo largo de todo este tiempo los persas e iraníes había ido perdiendo o ganando influencia dependiendo del momento histórico, en cuanto entraron en escena los Imperios Otomano y Ruso en la Edad Moderna, no tardaron en producirse enfrentamientos con sus nuevos vecinos, a los cuales se unió ya mucho más tarde el Imperio Británico desde sus dominios en la India durante el denominado «Gran Juego».

A diferencia del Imperio Persa, el Imperio Otomano inició su existencia como un pequeño estado turco del Asia Menor surgido del extinto Imperio Selúcida que, desde el siglo XIII, se fue adueñando del Cáucaso, el Oriente Medio y Anatolia hasta provocar el derrumbe de Bizancio con la caída de Constantinopla en 1453. A partir de ese instante la Sublime Puerta se convertiría en un azote para la cristiandad después de expandirse sobre el Norte de África, Egipto, la Península Arábiga, las costas del Mar Negro, Crimea, Grecia, los Cárpatos y los Balcanes, viéndose solamente frenado su empuje en asedios como los de Malta y Viena a principios de la Edad Moderna, antes de comenzar una etapa de decadencia que conduciría a los intereses de Turquía a colisionar con los de Rusia en la Cordillera Caucásica, enfrentándose entonces ambos colosos a lo largo de infinidad de conflictos bélicos que alcanzarían su punto culminante en la Primera Guerra Mundial.

El Imperio Ruso fue la última potencia de Europa en emprender su andadura expansionista desde que en 1547 el Zar Iván el Terrible fundase el Zarato Ruso sobre un vasto espacio geográfico entre las aguas del Mar Báltico y los Montes Urales que abarcó el antiguo Principado de Novgorod, el Gran Ducado de Moscú y parte del extinto Rus de Kíev. A lo largo de este período, el Imperio Otomano se erigió como su principal competidor, sobre todo por el control del Cáucaso y también del sur de Ucrania, que estaba habitada por tribus tártaras feudatarias de la Sublime Puerta. Una vez el país se consolidó como Rusia y estuvo al frente de la Dinastía Romanov, las luchas entre rusos y tártaros se recrudecieron por controlar ambos pueblos el mayor número de territorios tanto en la Ciscaucasia como en la Transcaucasia.

Las tres potencias acabarían colisionando en la Primera Guerra Mundial, haciéndolo fundamentalmente Rusia y el Imperio Otomano, pero también Persia a través de una falsa posición de neutralidad que la llevaría a combatir de manera muy peculiar contra la Entente, casi como si fuera un miembro más de los Imperios Centrales. Tampoco hay que olvidar a otros actores menores que se vieron involucrados, como el Imperio Británico desde su colonia en la India o Alemania enviando agentes, así como los Estados surgidos dentro del propio conflicto como Armenia, Georgia, Azerbayán, etcétera.

Para facilitar la comprensión al lector sobre lo acaecido sobre la placa de la Eurasia entre los años 1914 y 1918, el trabajo se ha estructurado en tres grandes bloques que incluyen al Frente del Cáucaso de 1914 a 1917, al Frente de Persia de 1914 a 1917 y finalmente, una vez se unifican ambos, al Frente Caucásico-Persa de 1918. También se han añadido al principio de la obra y al final otros dos amplios apartados dedicados a las causas del conflicto sobre la región previas a 1914 y a las consecuencias posteriores desde el año 1918 hasta el momento de publicarse este libro.

Ya para concluir esta introducción, adelantaré que el vasto espacio tratado fue el más sangriento y mortífero de toda la Primera Guerra Mundial, no en bajas militares, pero sí en bajas civiles, fundamentalmente por episodios tan oscuros como el Genocidio Armenio o la Hambruna Persa. Este aspecto, sin duda, convierte a este teatro en un objeto de estudio muy interesante que, a diferencia de otros escenarios como puedan ser las trincheras en Francia o las estepas rusas del Frente Oriental, ha sido completamente ignorado por los historiadores. Obviamente, ha habido

notables excepciones, aunque pocas, como el caso de William Allen o Paul Muratoff, quienes dos décadas después de los sucesos, en plena Segunda Guerra Mundial, se desplazaron al lugar de los hechos para investigar sobre el terreno; o más recientemente el periodista británico Peter Hopkirk y el profesor estadounidense Michael Reynolds. Por estos motivos, invito al lector a acompañarme en esta aventura para escalar juntos los helados picos del Cáucaso y atravesar en camello las infernales arenas del Gran Desierto Salado con la esperanza de aportarle una visión distinta de la habitual acerca de una conflagración tan importante como fue la Gran Guerra.

PRELUDIO



GUERRAS RUSO-TURCAS Y RUSO-PERSAS

El Cáucaso y las tierras occidentales de Irán constituyeron entre los siglos XVI y XIX un punto de colisión para tres de las grandes potencias de la época que fueron los Imperios Turco, Ruso y Persa. A lo largo de casi trescientos años, estos actores se disputaron uno de los nexos geográficos más estratégicos del mundo por unir continentalmente Europa, Asia y Oriente Medio, a veces con implicación de fuerzas externas, como fue el caso del Imperio Británico en las Guerras Napoleónicas y la Guerra de Crimea, culminando este largo proceso en la devastadora Guerra Ruso-Turca de 1877 y en una frágil paz en el Congreso de Berlín de 1878.

Guerras Ruso-Turcas y Ruso-Persas (siglos XVI y XVII)

Superada la mitad del siglo XVI, ya se había configurado de una manera más o menos sólida la expansión tanto de Rusia como del Imperio Otomano en Europa y la placa de la Eurasia, colindando ambas potencias a lo largo de cientos de kilómetros de frontera sobre las estepas de Ucrania y las aguas del río Volga al norte del Cáucaso. El hecho de que los dos países compartieran una franja tan vasta, generó infinidad de problemas en lo referente a las rutas comerciales y en el predominio de la iniciativa estratégica en caso de un futuro conflicto que se avecinaba inevitable. Eso mismo ocurrió en 1556 cuando el Zar Iván el Terrible, que ya había arrebatado a los tártaros la fría región siberiana de Kazán, se dirigió al sur para agredir y conquistar el Kanato de Astracán, fijando una base militar en la costa septentrional del Mar Caspio

que suponía una seria amenaza para el Califato de la Sublime Puerta. La presencia del Zarato Ruso en el río Volga rompió todos los esquemas de las autoridades de Constantinopla, ya que los turcos siempre habían pretendido unir mediante la construcción de un canal las aguas del Mar Caspio con las del río Don. Así fue como, después de una década de fallidas negociaciones con Iván el Terrible para comprar o intercambiar ese territorio, la negativa de los eslavos forzó a los otomanos a declarar la guerra a Rusia, dándose entonces inicio a la Primera Guerra Ruso-Turca de 1568. El conflicto, contra lo esperado, fue de breve intensidad porque simplemente se desarrolló con la denominada «Expedición a Astracán», la cual consistió en el avance de una columna turco-tártara a esta ciudad del Volga, a la que sitió durante muchos meses en una proporción de ventaja de 4 a 1, hasta que los rusos recibieron ayuda desde el exterior y levantaron el cerco en 1570, haciendo que los otomanos se retirasen en pleno invierno y perdiesen en medio de las ventiscas de nieve a nada menos que el 70 % de sus efectivos. La inesperada y aplastante victoria de Rusia permitió al Zar Iván el Terrible firmar una paz favorable que restituyó las relaciones entre ambos países, pero sobre todo reforzar una posición sobre la región a sabiendas de que a partir de ese instante los choques con la Sublime Puerta serían una constante en los siglos venideros.

El Imperio Safávida de Persia, que era la otra gran potencia con presencia en el Cáucaso, tampoco tardó en tener problemas con Rusia debido a que sus dominios se hallaban no muy lejos de la demarcación de Astracán. A pesar de que durante casi un siglo se mantuvo la paz e incluso se dejó a los rusos expandir sus dominios a costa de ciertas tribus locales hasta las orillas del río Terek, en cuanto las fuerzas del Zar Alexis I cruzaron el río Sunzha y construyeron algunos fuertes sobre una frontera sobre la que no estaba muy clara su pertenencia, el Sha Abbás II consideró el gesto como un acto de agresión y declaró la guerra al Zarato Ruso. De este modo estalló la Primera Guerra Ruso-Persa de 1651, que supuso un conflicto inesperado para Rusia, por lo que ante la falta de preparación militar de esta última, los rusos encajaron una serie de reveses frente al superior Ejército Persa, así como una insurrección espontánea de la población daguestana a la retaguardia, por lo que finalmente los eslavos tuvieron que abandonar el río Sunzha y sus fuertes en 1653. Al cabo de un año de la retirada, en 1654, ambos bandos firmaron un tratado mediante el cual el Zarato Ruso hubo de renunciar a construir nuevas fortalezas por debajo del río Terek y entregar

a Persia la ciudad de Tarki. A diferencia de la Primera Guerra Ruso-Turca del siglo XVI, la Segunda Guerra Ruso-Turca del siglo XVII se desarrolló exclusivamente en Ucrania y no en el Cáucaso, debido a que el Imperio Otomano prefirió concentrar exclusivamente sus esfuerzos en Europa del Este y no atacar las formidables defensas rusas en el río Volga después de su amarga experiencia cien años antes durante la «Expedición a Astracán». El motivo que propició las hostilidades fue una escisión en la Horda Cosaca de Zaporozhia cuando en 1676 la facción cristiana proturca atacó a la facción cristiana prorrusa más allá del río Dniéper y arrebató a las fuerzas zaristas el enclave de Chihirin. La acción fue interpretada como una traición de los cosacos por parte del Zar Teodoro III, quien en 1677 intervino militarmente enviando al Ejército Ruso para retomar la plaza del Chihirin a los traidores eslavos, a sus socios turcos y a los tártaros del Kanato de Crimea, cambiando la ciudad varias veces de manos hasta la llegada del grueso del Ejército Turco que se apropió definitivamente de la metrópoli en 1678. Después de una serie de enfrentamientos menores sobre la frontera ruso-ucraniana entre 1679 y 1680, la paz se sellaría con carácter oficial en 1681 a través de la entrada en vigencia del Tratado de Bajchisarái que implicó una victoria del Imperio Otomano al ver reconocida su soberanía sobre todo el margen occidental del río Dniéper y la plaza de Chihirin.

Cinco años después de la rúbrica del Tratado de Bajchisarái, de nuevo se rompieron las hostilidades con el inicio de la Tercera Guerra Ruso-Turca de 1686, aunque en esta ocasión Rusia se involucró de manera ajena por formar parte de una coalición con dos de los enemigos de la Sublime Puerta, exactamente el Imperio Austríaco de la Casa Habsburgo y la Mancomunidad Polaco-Lituana. La contienda se desarrolló en dos escenarios que fueron Ucrania y el Cáucaso, desarrollándose el primero de manera desfavorable para los rusos debido a que no fueron capaces de penetrar en el Kanato de Crimea y las líneas se mantuvieron más o menos estáticas, pese a que ciertas unidades en algún momento amenazaron el Istmo de Perekop. Respecto al segundo escenario, las cosas fueron mucho mejor porque como el Ejército Ruso contó con la ayuda del Ejército Austríaco, ahora sí pudo derrotar a las tropas de élite de los jenízaros y arrebató a los otomanos importantes territorios al sur de Ucrania. Al ascender el Zar Pedro I al trono de Rusia, el panorama estratégico cambió radicalmente sobre el Cáucaso y el Mar Negro en cuanto el nuevo gran estadista supo ver el potencial de aquel escenario. La razón fueron sus dos viajes de exploración al Mar Blanco en los que buscó

una salida al océano con la que poder para crear una Flota Rusa, pero como la empresa fue imposible debido a que aquellas aguas estaban heladas nueve meses al año, decidió enfrentar sus intereses con los de los turcos y poner sus miras más al sur en el Mar de Azov. A pesar de que durante su primera campaña de 1695 contra la Fortaleza de Azov fracasó porque fue derrotado y los turcos le capturaron todas sus piezas de artillería; tuvo mucha más suerte en la de 1696. La razón fue la construcción de una flotilla fluvial sobre el río Don compuesta por ocho galeras que conformaron la primera Flota Rusa de la Historia, cuyo buque insignia fue el *Principium*, con la cual sorprendió a los otomanos y les arrebató la plaza, fijando entonces una base naval en el Mar de Azov.¹ A raíz de esta victoria y justo después de firmarse el Tratado de Constantinopla de 1700, Pedro el Grande continuó reconociendo la soberanía del Kanato de Crimea, pero en esta ocasión siendo el propietario de importantes territorios al norte del Cáucaso y el sureste de Ucrania que en algunos puntos se extendían al río Mius con ciudades como Taganrog.

Los siglos XVI y XVII vieron tan solo cuatro conflictos armados entre Rusia y los Imperios Otomano y Persa, siendo dos por el control del Cáucaso, uno por la Europa del Este y otro por ambos. De dichos enfrentamientos únicamente el primero acabó en un triunfo ruso, en parte explicable porque las fuerzas zaristas adoptaron una actitud defensiva en torno a Astracán y el río Volga con la que fueron capaces de rechazar al mucho más numeroso Ejército Turco; sin obviar que la última contienda también se resolvió en un empate favorable al haber recibido el Zar Pedro el Grande ayuda del Imperio Austríaco. En contraste, las dos conflagraciones intermedias sí terminaron en una derrota de los Zares porque el Ejército Ruso no estaba preparado para un tipo de guerra ofensiva a gran escala y también porque la nación todavía eran joven e inexperta en comparación con los mucho más antiguos y experimentados Ejércitos Persa y Otomano. Sorprendentemente, esta tendencia cambiaría radicalmente a partir del siglo XVIII porque poco a poco la Rusia Zarista iría igualando a sus rivales turcos y persas hasta ser capaz de vencerlos, atacando o defendiendo.

Guerras Ruso-Turcas y Guerras Ruso-Persas (siglo XVIII)

La penetración de Rusia hacia el corazón del Cáucaso comenzó en serio desde principios del siglo XVIII con el establecimiento de las denominadas «líneas cosacas» que conformaron las tribus móviles de dichos guerreros a caballo al servicio de los Zares. Estas «líneas cosacas» consistían en grandes

espacios geográficos situados en los límites fronterizos con algún pueblo enemigo, donde los cosacos fijaban sus aldeas y fuertes en pequeñas marcas o «stanitsas», bien para defender las fronteras o bien para luchar cuando la Corte de San Petersburgo se lo requiriese. Las tres más importantes en el siglo XVII fueron la «Línea Orenburg» entre los Montes Urales y la Estepa Kazaja, la «Línea Ucraniana» entre el río Dniéper y el río Donets, y la «Línea Caucásica» entre el Bajo Don y el río Terek.

Coincidiendo con la Gran Guerra del Norte que enfrentó a Rusia, el Reino de Dinamarca-Noruega, Sajonia, la Mancomunidad Polaco-Lituana y el Principado de Valaquia contra una coalición conformada por Suecia, el Imperio Otomano, el Kanato de Crimea y el Principado de Moldavia, se desarrolló la Cuarta Guerra Ruso-Turca a lo largo de dos frentes en donde rusos y otomanos se vieron las caras, en concreto sobre los Cárpatos y sobre el este de Ucrania con el Cáucaso. Lamentablemente, para el Zar Pedro el Grande, cuando la Sublime Puerta se metió en la conflagración en el año 1710, sus tropas se encontraban demasiado desgastadas tras su reciente lucha contra el Emperador Carlos XII del Imperio Sueco, sobre todo después de la costosa victoria en la Batalla de Poltava, por lo que no pudieron concentrar los suficientes efectivos contra el Ejército Turco debido a que fracasaron en su propósito de cruzar el río Prut para acceder a los Balcanes y encima los otomanos y tártaros pasaron a la contraofensiva en el sector del Mar Azov, logrando recuperar la plaza de Taganrog. A raíz de esta debacle, los rusos se vieron forzados a firmar el Tratado de Prut en 1711, con el que devolvieron Taganrog y otros enclaves conquistados en la Tercera Guerra Ruso-Turca. Sin embargo, aquel revés tan solo sería algo pasajero, en parte explicable por las grandes bajas acumuladas con anterioridad frente al potente Ejército Sueco, ya que durante los siguientes conflictos el Zarato de Rusia daría una sorpresa que sorprendería a todos en Europa.

La rivalidad por el control del Mar Caspio entre Rusia y Persia terminó desatando en 1721 la Segunda Guerra Ruso-Persa. En comparación con la anterior conflagración entre ambas potencias regionales, el Ejército Ruso contaba con una retaguardia segura y el Ejército Persa se hallaba enfrascado en un conflicto armado contra el Reino Hotak de Afganistán, además de encontrarse sofocando un levantamiento de los armenios por detrás de sus propias líneas. Gracias a esta ventaja y a la superioridad móvil y táctica de la caballería cosaca, muy experimentada tras la Gran Guerra del Norte, las fuerzas de la Dinastía Safávida fueron derrotadas sobre Daguestán y puestas

en fuga hasta la provincia septentrional de Ganja en el mismo Irán. El duro revés militar condujo al Sha Tahmasp II a firmar el Tratado de San Petersburgo en 1722, con el que los persas hubieron de ceder al Zar Pedro el Grande los enclaves de Tarki, Derbend y Bakú, viéndose su área de influencia reducida a tan solo el sur del Mar Caspio.

Al desatarse la Quinta Guerra Ruso-Turca de 1735, fruto de las tensiones con el Imperio Austríaco en los Balcanes por una cuestión de soberanía por el Reino de Serbia, el Imperio Ruso acudió en ayuda de la Casa Habsburgo, no sin antes recibir la inesperada oferta de Persia acerca de formar una coalición militar consistente en que el Ejército Persa sostendría en exclusiva el frente del Cáucaso para que el Ejército Ruso pudiera concentrar todas sus esfuerzos en Europa, obviamente a cambio de la devolución de todos los territorios cedidos en el Tratado de San Petersburgo. Así nació el Tratado de Ganja mediante el que Rusia restituyó Bakú, Derbend y Tarki al Imperio Persa, logrando este último contener las ofensivas del Imperio Otomano en la Transcaucasia; al tiempo en que el Ejército Ruso conseguía vencer al Ejército Turco en las inmediaciones fronterizas de Moldavia. La conclusión de las hostilidades y la entrada en vigor del Tratado de Nis de 1739 fue altamente beneficioso para Rusia porque, pese a perder espacio en el Cáucaso, se apropió de toda la costa restante al norte del Mar Azov y de la vasta provincia ucraniana de Zaporozhia.

La Sexta Guerra Ruso-Turca comenzó en 1768 como una alianza entre Rusia y el Reino Georgiano de Imereti que se prolongó largos años con acontecimientos exitosos como el cruce de los ruso-georgianos por el río Suram y la toma de Kutaisi, y con algunos fracasos como el asedio al puerto de Poti. El conflicto finalmente se resolvió con una derrota para Turquía, no solo en el Cáucaso, sino también en otros escenarios como los Cárpatos o el Mar Mediterráneo, ya que tuvo que firmar el Tratado de Küçük Kaynarka de 1764 mediante el que los otomanos cedieron a los rusos las provincias de Kabardia y Osetia, más el estrecho de Kerch que conectaba el Mar de Azov con el Mar Negro, lo que alargó la «Línea Caucásica» de los cosacos desde Rostov hasta Mozdok. Aquel éxito en parte fue gracias a la determinación de la Zarina Catalina la Grande, una mujer con una gran visión estratégica quien, durante su reinado, se encargó de sentar las bases a las generaciones futuras para continuar con el expansionismo ruso sobre la placa de la Eurasia.

En el transcurso de la Séptima Guerra Ruso-Turca de 1787 a 1792, apenas se desarrollaron combates en el Cáucaso porque las operaciones se